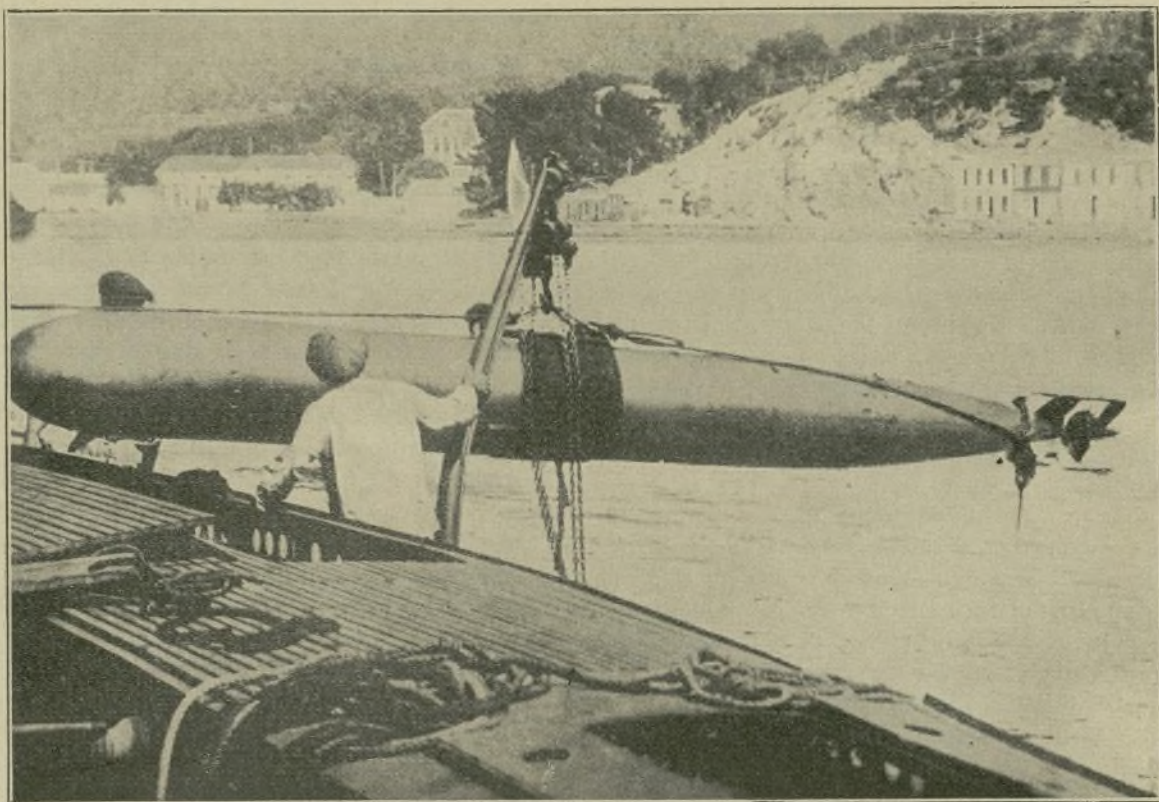


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 52.—BARCELONA 31 DE MAYO DE 1915



Embarque de un torpedo en un submarino francés

## CRÓNICA INTERNACIONAL

I. El equilibrio del Mediterráneo.—II. El precio de la ayuda.—III. Diferencia de pesos.—IV Hecho insólito

### I.—El equilibrio del Mediterráneo

La intervención de Italia en la guerra entraña una gravedad extraordinaria para todas las naciones que tienen intereses en el Mediterráneo. Se ha alterado el equilibrio actual, probablemente con ventaja para Italia, si la guerra se resuelve a favor de los aliados, y las consecuencias se tocarán en los dos extremos de aquel mar. Esta es una de las fases de la nueva guerra que menos conviene perder de vista: al entrar Italia en la contienda, no es una nación más que desnuda el acero, sino que se conmueve el Mediterráneo de punta a punta. ¿Qué hará Grecia, que hará Bulgaria? para no hablar más que del extremo occidental.

Italia es la potencia mediterránea por antonomasia, y cualquiera de sus gestos ha de repercutir hasta el Atlántico. Si, como la lógica y la geografía de acuerdo proclaman, los cambios y conmociones se limitan al Adriático y al Egeo, tanto por estar en ellos los intereses de los beligerantes, como en previsión de que Rusia consiga llegar más o menos pronto al antiguo mar interior, menos mal. Pero hace diez meses que estamos presenciando acontecimientos re-

ñidos con la lógica y la geografía, y nos hemos acostumbrado ya a los hechos más inverosímiles.

Se ha desatado sobre el mundo la pasión de la codicia y del engrandecimiento, y corresponde a los débiles, cuya protección se invoca a diario, satisfacer las cuentas de los poderosos. De aquí que haya surgido un deber, para muchos nuevo, pero tan antiguo como el mundo: el deber de ser fuerte y hallarse en condiciones de hacerse respetar. Si esto es necesario hoy, lo será todavía más cuando se firme la paz. Ni los tratados internacionales sirven para nada, ni hay ni puede haber otra garantía que la de la fuerza. El que se confiese impotente y se resigna a serlo, prepárese a desaparecer o a merecer la *protección* de los bien armados.

¡Y aún había ilusos que apenas hace un año sostenían convencidos y entáticamente que las guerras entre las naciones civilizadas habían desaparecido para siempre! No es esto lo peor: la memoria es flaca, y cuando se haya apagado el estrépito de los cañones, de nuevo se predicará contra la inutilidad de los ejércitos y contra los gastos militares. No faltarán grandes y poderosas razones para demostrarlo, y los sabios de gabinete se lucirán en inacabables disertacio-



nes pacíficas. Los hechos se darán al olvido, se ocultarán las pasiones humanas y las flaquezas y las tentaciones, y sin embargo siempre han sido ellas, y no la razón, quienes han gobernado al mundo.

## II.—El precio de la ayuda

Italia ha tardado en decidirse. ¿Por qué vacilaba? ¿esperaba obtener de Austria lo que pedía? ¡No! La negociación laboriosa no era la sostenida con los embajadores de Alemania y Austria; en cuanto a estas potencias, la situación quedó despejada el 4 de agosto. Las dificultades estaban en las negociaciones con Francia e Inglaterra; pedía Italia tanto, que sus actuales aliados se resistían a otorgárselo. Mas cuando advirtieron que por fin Alemania entraba en el camino de la victoria, se allanaron a todo e Italia dió el paso decisivo. Las dilaciones no provenían pues, de Austria, sino de Inglaterra. Si Rusia no hubiera sido derrotada, téngase por seguro que aún conservaría Italia su neutralidad; su ayuda la cotizó tan alta, que los aliados estimaron demasiado caro el precio; cuando no han podido resistir más, han sucumbido.

He aquí porqué la prensa aliada no ha dado rinda suelta a su entusiasmo; bajo las frases hechas y ampulosas y tras el lenguaje retórico y afectado, palpita una cierta irritación, un cierto descontento.

¿Qué podrá decir Italia si cuando acabe la guerra sus aliados no respetan el convenio? ¿Acaso no ha obrado ella así con Austria y Alemania? Italia no ha pensado bien lo aventurado de este paso, y lo mucho que su recuerdo pesará sobre los destinos de la península en lo porvenir.

Cuál sea la recompensa de Italia, lo ignoramos, pero tenga el lector la seguridad que es enorme. Como ha de saberse en su día, escusamos el discurrir sobre este punto.

## III.—Diferencia de pesos

Se ha censurado y anatematizado el militarismo alemán como causante de la enorme pesadumbre de los gastos militares que arruinan a las naciones de Europa. Prescindiendo de que el militarismo, en ese sentido económico, ha nacido en Francia, que persiguiendo el desquite, la *revanche*, ha hecho gastos superiores a sus fuerzas y ha puesto a los demás en la obligación de armarse hasta los dientes, es obvio que de tal fiebre militar sólo se han resentido las grandes potencias, o sea aquellas que querían repartirse el mundo y distribuírselo a su antojo. Fuera de lo que se llamó muchos años «el concierto europeo», los demás redujeron los gastos a lo que estimaban indispensable, y los países alejados del campo de la contienda, ni abrigaron ningún temor, ni han sido molestados por Alemania; díganlo los países escandinavos, Grecia, Portugal, Dinamarca, Bulgaria, Suiza, la misma Rumanía.

En cambio, la indiscutible supremacía de la armada británica en todos los mares, se nos decía que no molestaba a nadie, porque nadie estaba obligado a construir escuadras, ni la flota inglesa tenía otro papel que el de la defensa del Imperio. Sin embargo, véase lo que ha ocurrido: los formidables dreadnoughts británicos han sido uno de los mejores argu-

mentos para decidir a Italia; pesan como losa de plomo sobre Holanda, Noruega y Suecia; han arrebatado dos islas a Grecia y la harán intervenir si Dios no realiza un milagro; han contribuido al descomiencito en Portugal, que nació cuando se quiso movilizar las tropas para que combatieran al lado y por los intereses de los extraños; y no sabemos dónde se detendrá su acción.

Los ejércitos terrestres no pueden cruzar impunemente por países extranjeros, para imponerse a centenares de leguas de su patria, pero las escuadras, sí. El poderío militar de una potencia determinada asustará y pondrá en peligro a las vecinas, pero nada han de temer de él las alejadas y pacíficas. En cambio, el poderío marítimo no reconoce límites que lo detengan, y es un arma terrible para que la voluntad del fuerte haga sucumbir a cuantos tienen la desgracia, que desgracia es en tiempos de guerra, de ser bañadas sus tierras por el mar. La situación actual disipa cualquier duda que pudiera abrigarse a este respecto.

Tiempo es ya de que los pacíficos y neutrales no se dejen alucinar por el militarismo alemán, tópico preferente de plumas tan bien cortadas como de cerebros poco reflexivos, y fijen su atención en la gravedad que encierra el predominio marítimo de cualquier nación, que si hoy es la Gran Bretaña mañana será otra; el peligro variará de nombre, nada más.

## IV.—Hecho insólito

No de otro modo puede calificarse la modificación del gabinete británico. Cosa corriente ha sido y es que, cuando los negocios van mal para una nación en guerra, haya cambios en el Gobierno y que hombres menos gastados o de mayor prestigio, asuman las responsabilidades y consecuencias del desastre, o contribuyan a unir más y dar aliento a las energías de la nación, para continuar la resistencia. Pero cuando se pregona un día y otro, en todos los tonos y por todos los medios, que el ejército gana continuas victorias, que la marina es invencible y que el pueblo responde a cuanto se pide de él ¿a qué se debe la substitución de unos ministros por otros?

No se derrumban ni alteran las situaciones políticas, sino cuando se sienten débiles o el peso de sus errores las desmorona. El éxito las consolida y fortalece, sin excepción. Es cosa que aún está por ver, que para premiar la labor de un gobernante que está prestando inmensos servicios a su país, se le substituya por otro, cuyo rendimiento se desconoce.

Puede Inglaterra dar cuantas explicaciones se le ocurran a su habilidad y astucia. No engañará a nadie. Los fracasos sufridos en Francia y los Dardanelos, el mal papel que está representando la escuadra, la indiferencia del país ante la guerra, culpa son en gran parte del Gobierno; a esos errores ha debido agregarse otro no pequeño, con motivo de la intervención de Italia y el agua se ha desbordado; porque por la borda han sido arrojadas personalidades muy salientes del gabinete. Todas las naciones beligerantes recorren un camino de espinas, pero ¡cuán sembrado de abrojos está el que hace diez meses parecía a Asquith y Grey adornado y embellecido de flores!

F. LARÍN.



## ITALIA!

Acaba de consumarse el acto trascendental tantas veces anunciado, el que parecía reñido con la lógica, con las conveniencias nacionales y con el respeto que se deben a sí mismos los Estados. ¡Italia ha declarado la guerra a sus aliadas de ayer, a Austria-Hungría y Alemania!

Dejemos a un lado los calificativos sentimentales; prescindamos de recordar que el acto de Italia falta a la fe de los tratados; no veamos que bajo la invocación a la justicia y al respeto al derecho ajeno, se vulneran todos los principios que hasta nuestros días regían las relaciones entre los pueblos. Limitémonos a declarar que de hoy más será imposible que nadie fie en los convenios y compromisos internacionales, y que se abre a la humanidad una nueva era de egoismos y rapacidades, que ni siquiera se tendrá el pudor de ocultar. ¡Ay de los débiles y de los confiados!

Pero causa pena, infunde tristeza, que los descendientes de aquel pueblo viril y recto, fuerte y abnegado, que se llamó Roma; de aquel pueblo cuya sangre está difundida desde el litoral del norte de África hasta las fronteras de la vieja Rusia, y que tanto decayó en el transcurso de los siglos, hasta llegar a ser el juguete de Europa, se haya acordado más, en la hora de las resoluciones decisivas, de sus tradiciones artísticas y de las habilidades maquiavélicas, que de la grandeza moral y de la elevación de miras de los esplendorosos tiempos del Imperio.

### 1.—Antecedentes históricos

Subdividido el territorio de la península de los Apeninos en multitud de pequeños reinos y ducados, cuando no repúblicas, durante toda la edad media y los comienzos de la moderna, padeció continuas reformas y modificaciones en sus fronteras políticas interiores y exteriores, porque puede decirse que no hubo guerra entre los demás países, que no terminara con una modificación del mapa de Italia; se buscaban en el Lacio las compensaciones dimanantes de las guerras, y allí se encontraba el medio de que todos quedaran satisfechos. No hubo estabilidad política. Alemania, Francia y España disponían de los destinos de los Estados italianos a su antojo, y no llegó a fundarse nunca una situación siquiera medianamente firme. Las rivalidades y ambiciones de los príncipes, duques y tribunos, hacían aun más lastimoso este estado de cosas y contribuían a que se degradasen los múltiples regímenes políticos que allí imperaban. No hace todavía siglo y medio que la soberanía extranjera se afirmara en un buen pedazo del país apenino, y Napoleón daba el golpe de gracia a la armonía interior, desquiciándolo y desorganizando todo.

Pero, mientras las discordias y la falta de patriotismo de los elementos gobernantes, que se sostenían gracias a la falta de ideales en los vasallos, llevaban a los Estados italianos al fondo de su abyección, el pueblo, prolífico y trabajador, iba creciendo y se extendía con preferencia más allá de aquellas llanuras y mesetas del Piamonte, la Lombardía y la Toscana, que la naturaleza adornó con todos los tristes requisitos para hacer de ellas el campo de batalla univer-

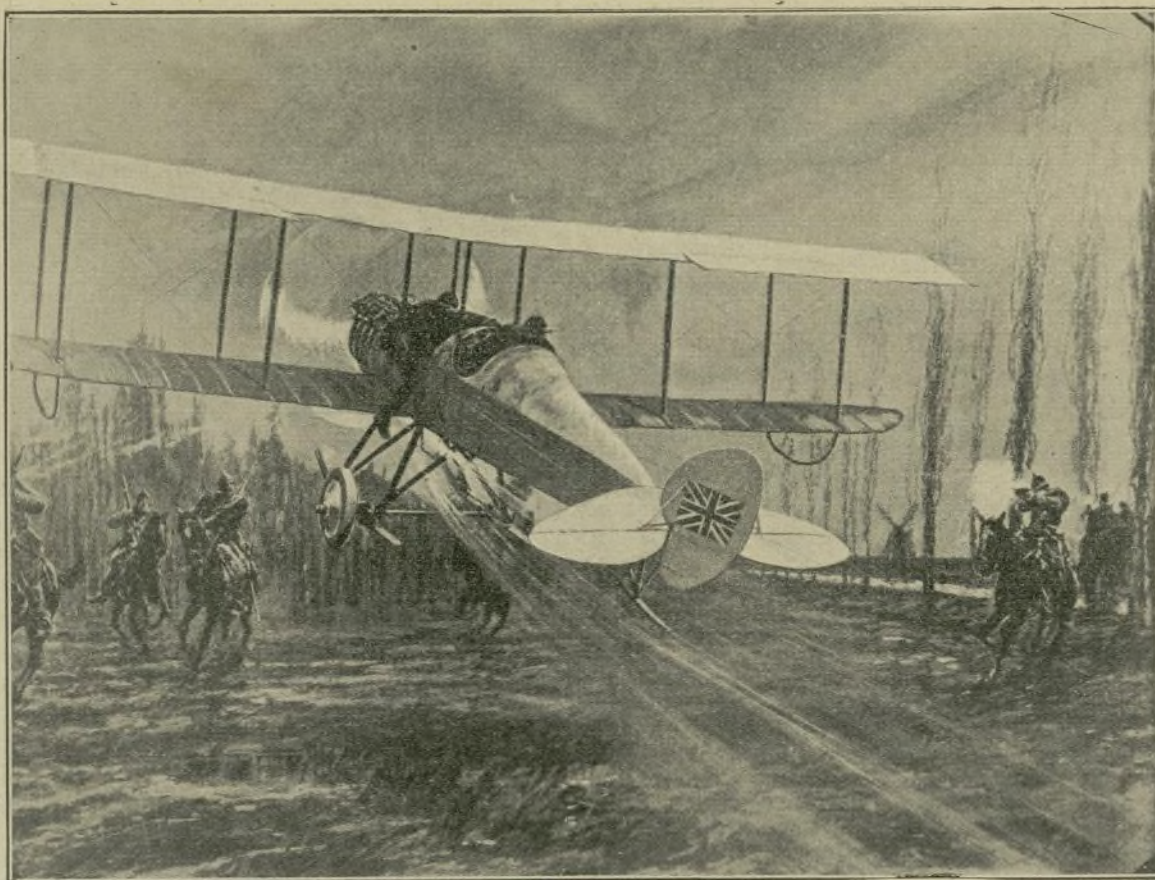
sal. Las vertientes de los Alpes del Tirol, o sea el Trentino, fueron poblándose con sangre italiana; hombres de la misma raza pasaron al otro lado del Adriático y se extendieron por las costas de la Dalmacia, dejando fuerte rastro en la Carniola, en la Carinthia y en la península de Istria; los elementos sanos huían de la tierra nativa, llamada a todas las desgracias e infortunios y siempre sujeta a los caprichos de invasores de continuo renovados. En el siglo XVIII, Austria y Francia, buscando el sol, la alegría y la riqueza de los valles del Po, sostuvieron en ellos luchas sin fin para disputárselos y apropiárselos. Nápoles y Sicilia, en situación menos dada a las invasiones, se desentendían de lo que acontecía en el N. y, para gozar de paz y tranquilidad, tenían que entregar la corona a príncipes extranjeros, oriundos de naciones bastante fuertes para hacerse respetar. Las guerras napoleónicas arrojaron a los austriacos a sus fronteras naturales, y por un momento pareció que aquel estado caótico de cosas iba a cesar de una vez; no fué así sin embargo: ni Francia ni Austria renunciaban a sus seculares deseos, y aquella fingiendo ayudar a los piemonteses y la segunda marchando contra ellos, volvieron a perturbar una situación que no había hecho más que iniciarse. Francia, con todo, tuvo la habilidad de ayudar a uno de los Estados incipientes, quedándose antes con un buen pedazo de territorio, mientras que Austria, que no había hecho ni más ni menos que Francia, apareció, por su torpeza, como la eterna agresora. De aquí que la enemistad del N. de Italia se dirigiera preferentemente contra el Gobierno de Viena.

Por un momento, pareció que Italia cobijaba dentro de sus fronteras a toda la población de su lengua y raza. Fué en aquella época en que Napoleón se entregó a la pueril tarea de crear reinos a su antojo; para tener sometida a Austria, ciñó la corona de Italia en las sienes de su cuñado Murat, con la declarada intención de hacer de los Apeninos un auxiliar y servidor de Francia. El mismo manejo intentó en España, con el resultado de todos conocido, pero en Italia no tropezó con semejante hostilidad, porque las mudanzas de los siglos anteriores habían destruido el patriotismo nacional. Aquel fugaz engrandecimiento de Italia, aparente más que real, no se debió pues al esfuerzo de la nación, sino que fué obra de un intruso, para la mayor gloria, seguridad y bienestar de Francia. No obstante, ahora los italianos pretenden que las fronteras de su país se reintegren a cómo el gran corso las trazara. Caído Napoleón y encerrado en Santa Elena, por el tratado que puso término definitivo a aquella espantosa serie de guerras, quedó Austria otra vez dueña de la Lombardía y el Véneto, las cuales provincias, hay que repetirlo, si italianas de nombre en 1811, no eran más que un feudo de Francia.

De Cerdeña partió cuarenta años después el grito de redención nacional. Había que expulsar al extranjero de las márgenes del Po, y acabar con los reinos y principados que dividían al resto de la península. Para esta magna labor, los piemonteses supieron adquirir el apoyo de Francia, que lo prestó de buen grado, quedándose definitivamente con Córcega, Saboya y Niza.

El Piamonte se impuso al resto de Italia, merced





Una patrulla de caballería alemana, sorprendiendo a un biplano inglés en el momento de emprender el vuelo



Entierro de un comandante francés en Torgau (Alemania); en la comitiva se ve, en primer término, al general francés gobernador militar de Maubeuge; en el centro otro general.



a las desgraciadas campañas de los austriacos en 1859 y 1866, aprovechándose Cavour, pese a las derrotas tremendas de los piemonteses, de las victorias



El Kaiser hablando con el comandante del 1er regimiento de la Guardia, después de un combate

de Francia en la primera para reconquistar la Lombardía, y de Prusia, en la segunda, para recuperar el Véneto. Finalmente, cuando Napoleón III, acérrimo defensor del poder temporal del Papa y de la existencia de los Estados Pontificios, fué vencido y destrozado en 1870, se completó la unidad del Reino de Italia. A ella se había llegado mediante el empleo oportuno de una sola arma: la habilidad, que supo prevalecerse de las guerras sostenidas entre sí por las demás potencias. Se llegó a esta unidad sin que una victoria militar la estableciese y afirmase, y, como consecuencia indeclinable, los límites políticos del nuevo reino fueron los resultantes de las campañas de Napoleón y de las guerras de 1859 y 1866.

Estos límites políticos dejaban en poder de Austria las vertientes meridionales de los Alpes del Tirol, es decir, la cuenca del Adige y las del Brenta, del Piave y del Tagliamento, así como las fuentes de los tributarios del Po al E. del primer río mencionado. Por el E., el Isonzo forma la separación entre Italia y el Imperio austro-húngaro.

La cuenca del Adige constituye la provincia de Trento, llamada comunmente Trentino,

## II.—El irredentismo italiano y la cuestión del Trentino

En 1870, año de la unidad italiana, el Gobierno de Roma, clarividente y previsor, infundió en el pueblo por todos los medios a su alcance un ideal de nacionalidad, que debía extenderse más allá de las fronteras: era la única manera de engendrar la unidad interior y conseguir que todos los italianos, desde los Alpes a la punta de Sicilia, se sintiesen ligados por un lazo común. Pero, ¿cuál había de ser este ideal de nacionalidad y hasta dónde había de llegar en sus aspiraciones?

No habiendo existido jamás una verdadera Italia, no cabía buscar en la historia precedentes y recuerdos; cierto es que en las múltiples mudanzas y agitaciones de aquellos remotos tiempos, de esto hace ocho siglos, en que comenzaban a concretarse los pueblos que más adelante habían de constituir las naciones actuales, hubo una época, asaz breve, en que las fronteras de Lombardía llegaron a las fuentes del Adige; pero ni entonces la Lombardía era



Escala observatorio de una batería francesa

italiana, ni aquello fué más que uno de los muchos episodios circunstanciales de que está llena la historia de los Estados italianos,



No pudiéndose, pues, basar en antecedentes históricos las futuras reivindicaciones de Italia, se acudió al argumento de la raza: todos los territorios habitados por gentes de sangre italiana, debían formar parte de la madre patria. Como consecuencia, creóse un fuerte partido con el lema de la incorporación al reino, de Córcega, Niza y Saboya—en poder de Francia—y del Trentino, Istria, Trieste y Dalmacia—en manos de Austria. El plan era demasiado ambicioso y completamente irrealizable, puesto que en todo momento había de encontrar enfrente a Francia y Austria unidas. Divide y vencerás, reza el antiguo proverbio, y eso es lo que hizo el Gobierno de Roma.

La Saboya está en gran parte al otro lado de los Alpes, y la divisoria de esta cordillera la separa del Piamonte; no había peligro en que continuara bajo el poder de Francia; Niza es geográficamente italiana, pero su superficie e importancia ni compararse pueden con Trieste, Istria y la Dalmacia; y el Trentino, que dejaba a los austriacos las llaves de las fértiles llanuras de Lombardía, era una amenaza pendiente sobre Italia y un peligro que convenía apartar.

Poco a poco, las clases más ilustradas, siguiendo las inspiraciones del Gobierno, fueron desechando la idea de Saboya y Niza, y acentuando el deseo de anexionarse el Trentino y el valle del Isonzo, por lo menos. En aquel pueblo de poetas y de sangre ardiente, todavía, sin embargo, hubo muchos que permanecieron fieles al programa completo, que incluía la Saboya, Niza y Córcega, pero la otra rama, conocida por el irredentismo, adquirió mayores bríos.

De esta suerte, el irredentismo fué una desviación, sabiamente preparada, del ideal nacional que el Gobierno de 1870, recogiendo las palpitaciones del Piamonte, se cuidó de extender por todo el país. Para el pueblo, ese irredentismo tiene un alcance exclusivamente de raza y de afinidad étnica, mas para los gobernantes su objetivo es más prosaico, más material, más positivo: asegurar las fronteras, llevándolas a los límites geográficos.

### III.—La política internacional italiana en los últimos treinta y cinco años

Bañada por dos mares, Italia desearía dominar en el Mediterráneo y en el Adriático. Pero en el primero la superioridad de Francia es y será indiscutible; usando, o abusando, a juicio de los italianos, de esta ventaja, Francia llevó sus armas a la costa norte de Africa; se apoderó de Orán, Argelia y Túnez; este último país, habitado en gran parte por italianos que componían casi toda la raza blanca allí existente, era secretamente mirado por Italia como presa propia, por lo que el protectorado de Francia fué una herida cruel y un agravio inesperado, que los italianos tuvieron que devorar en silencio. De Túnez a Trípoli no hay más que un paso, y si no se oponía un dique a la expansión francesa, no tardaría Italia en quedar presa y encerrada, aprisionada en una atmósfera asfixiante, en el Mediterráneo. Volvió entonces los ojos a Alemania, y se concertó la alianza con ésta y Austria-Hungría, frente a Francia, a la vez que daba impulso a la reconstitución del poderío naval, desaparecido en las aguas de Lisa por su choque con los barcos austriacos.

Ensoberbecida, con razón y motivo, Italia por haber recorrido en quince años el sorprendente camino que la condujo al rango de Gran Potencia, no disimuló su disgusto ni su malhumor, y las relaciones con Francia llegaron a ser verdaderamente tirantes. Pero, aunque entró y se mantuvo en la triple alianza convencida y con el aplauso de la inmensa mayoría de la nación, cuidó mucho, como nación esencialmente marítima que es, de mantener estrecha amistad con Inglaterra, aproximación que había de producir los frutos que ahora se tocan y que fué mirada sin recelo por Alemania, que a la sazón se forjaba ilusiones de llegar a un acuerdo firme y duradero con la Gran Bretaña. Aquel descuido y aquella inexplicable confianza del gabinete de Berlín han producido todos los males que ahora afligen al imperio.

El irredentismo, acallado y reducido a una significación literaria y sentimental volvió a resurgir. La campaña de Libia contribuyó a propagarlo, porque así como Alemania supo conciliar sus deberes de alianza con la tradicional amistad hacia Turquía y cayó más del lado de aquella que de ésta, Austria no disimuló su mal humor, ciertamente justificado, porque la anexión de Tripolitania llevaba aparejada la expansión italiana en las costas orientales del Adriático.

Cuando estalló la presente guerra en agosto último, la influencia alemana en Italia estaba socavada por la británica. Inglaterra sabía a que atenerse, y también Francia y Rusia.

Por este ligero resumen, puede comprenderse que la triple alianza ha servido a Italia para afirmar su posición en el continente, pero que mediante el cultivo de la amistad con Inglaterra ha entrado en la esfera de lo asequible, cesando de ser una utopía, la conquista de las costas de Albania; el sentimiento y la exageración populares han extendido la ambición a la Dalmacia e Istria.

### IV.—Causas de la guerra

Con todo, ni la cuestión del Trentino, ni la fuerza que en el país tiene el irredentismo, ni el odio de las provincias del N. hacia Austria, hubieran desencadenado la guerra. Ha habido dos motivos poderosos que la han precipitado: uno de orden interior; de orden exterior, el otro.

Paralelamente a la aproximación, cada día mayor, entre Italia e Inglaterra, Francia supo darse buena maña para borrar los antagonismos que la separaban de su vecina. Comenzó por hacer vibrar las cuerdas del arte, de la literatura y de la historia, y el pueblo italiano, artista por temperamento, se sintió cautivado; se le puso ante su vista la seriedad y la rudeza germanas, refractarias a los entusiasmos y a las expansiones del alma latina. Francia ganó el terreno que iban perdiendo Alemania y Austria. Las campañas de prensa influyeron no poco, secundadas como fueron, consciente e inconscientemente, por los periódicos italianos. Y los franceses volvieron a ser los hermanos, mientras que los teutones eran puramente los aliados. La protección germánica comenzó a pesar, porque el fácil y rudimentario éxito de Libia hizo creer a los italianos que su poderío militar era abrumador y descansaba sobre bases in-



contrastables. Cuando un pueblo se deja llevar por el amor propio y el orgullo nacional, poco cuesta al sagaz y astuto dirigirlo por los derroteros que convienen al último. En resolución, la alianza dejó de ser popular y no tuvo otra fuerza que la de un tratado escrito, pero no sentido.

Preparada así la opinión, vino enseguida la presión y la amenaza inglesas. No era admisible que Italia siguiera neutral, y prestara a los imperios centrales los valiosos servicios de abastecerlos y comerciar con ellos; o se declaraba a favor de los aliados o contra ellos; en el primer caso, abundante y rico botín tenía a su alcance, lo mismo en Europa que en Asia y Africa; en el opuesto, Libia sería entregada a los aliados, Serbia adelantaría por Albania, en unión de Grecia, las flotas franco-inglesas harían sentir su acción sobre el litoral italiano y el estrecho de Gibraltar sería cerrado.

En otro momento, el Gobierno de Roma hubiera podido contemplar con indiferencia, lo mismo las promesas y halagos que las amenazas, pero en la ocasión presente los imperios del centro de Europa no se encontraban en disposición de prestarle una ayuda eficaz. Y puesta en la disyuntiva, ¿cabía apoyar a Alemania y Austria cuando ya la parte bullanguera y exaltada del país se había decidido?

Desde otro punto de vista, los manejos franco-ingleses que despertaron las pasiones y los entusiasmos del pueblo, fueron vistos con secreta alegría por el Gobierno, toda vez que la excitación del país le daba pie para reclamar de Austria ventajas y recompensas, sin tener que aguardar al término de la guerra. Es claro que si Italia adoptaba una posición equívoca, sus antiguas aliadas extremarían las dádivas y ofertas, y sin necesidad de desnudar la espada acabaría de engrandecerse la nación. El Gobierno de Roma no creyó que las cosas fueran tan lejos, y durante algunos meses fué resuelto y convencido partidario de la neutralidad.

Pero cuando un pueblo tan impresionable y ardiente como aquél ha dado rienda suelta a sus sentimientos, pasa con facilidad al desenfreno y no se le puede ya contener sino por medios violentos. Temiéndolos, acaso, el movimiento popular dió señales de desviarse en sentido anti-monárquico, creció la ola amenazando afrastrarlo todo, la palabrería, los párrafos rotundos y sonoros, la forma, en una palabra, prevaleció sobre la reflexión, y una ráfaga de tempestad cruzó sobre toda la península. No faltaron ni faltaron muchas personas que desaprobaban esta conducta y se daban cuenta de los peligros en que iba a sumergirse la patria, pero ¿quien es capaz de oponerse a las iras de las muchedumbres y al gesto airado de las multitudes, ebrias de entusiasmo, sedientas de sangre, alocadas, ciegas, poseídas del vértigo belicoso? ¿Arrostraría el Gobierno una guerra civil, derramando sangre italiana? Si tal hacía ¿con qué fuerza y cuál aplomo haría frente a las amenazas de Inglaterra? Ya que hubieran de dispararse los fusiles, que se dispararan en las fronteras, hacia donde señalaba el instinto popular.

Víctima de su propia astucia, probablemente sin desear ni querer el rompimiento, el Gobierno italiano ha declarado la guerra. Alentó la agitación en el país, para escudarse en ella y reportar ventajas;

cuando quiso detenerse ya era tarde: fué arrastrado por la explosión de las iras callejeras.

En la historia moderna, este es un caso único de estallar una guerra por sentimentalismo e impresiones fugaces, contra lo que dicta la reflexión y el buen juicio. Por triste que sea la consecuencia, hay que decirla, con todas sus letras: Italia está aun muy lejos de haber llegado a su mayor edad.

## V.—Prueba irrefutable

La mejor ocasión para que la intervención de Italia fuera decisiva ha pasado ya.

El ejército alemán afrontó una verdadera crisis en octubre; nunca como entonces estuvieron pujantes los rusos y los aliados del O., ni tan desorientado el alto mando militar. En diciembre, las circunstancias volvieron a ser propicias, y se presentaron acaso todavía más favorables a principios de abril, cuando la ofensiva rusa en los Cárpatos parecía irresistible y los austriacos dieron muestras de desaliento; comenzaba a la sazón la ofensiva de los franceses, en que tantas esperanzas ponían París y Londres. Sin embargo, Italia se mantuvo quieta.

Y ahora, que los rusos han recibido otra estocada gravísima, ahora que se va viendo la impotencia de los franco-ingleses, ahora que Austria ha llamado y está instruyendo a dos millones de hombres exceptuados de los alistamientos de años pasados, ahora que se bambolea el prestigio secular de Inglaterra y ha renacido la confianza en Alemania, Italia se lanza a la guerra.

Y no es sólo esto: va a ella después de cinco meses de negociaciones que se agudizaban de hora en hora, dando tiempo a que Austria y Alemania se prepararan y apercibieran a la defensa. ¿No estaba por ventura el ejército italiano dispuesto para entrar en campaña desde el mes de enero? ¿A qué avisar al enemigo y dejarle en libertad para destruir aun más a los rusos y acumular elementos de guerra en las fronteras del Tirol y del Isonzo?

No tenemos derecho para inferir al Gobierno de Roma la ofensa de haber procedido con tanta torpeza. Repitámoslo: Italia ha ido a la guerra empujada por el destino, víctima de un exceso de astucia y de la presión inglesa.

## VI.—La habilidad italiana y la habilidad británica

Pero, se dirá, hasta los mayores enemigos de los italianos les reconocen una cualidad insuperable: el instinto político. Cuando Italia ha elegido este momento y no otro, debe ser el más indicado, aunque otra cosa se deduzca de los hechos vistos a distancia.

Ciertamente, este instinto político es innegable; forma parte del temperamento nacional. Sólo que a veces se peca por exceso, y este caso es el de Italia.

Con ser hábil la diplomacia italiana, no rivaliza con la británica, maestra eminente y reconocida por todos. No ha cesado la Gran Bretaña de dar pruebas de su madurez de juicio y de su astucia y de su habilidad, y las está dando todavía. Y, no obstante, se ha equivocado gravemente ahora. No creía ni esperaba que la fuerza ofensiva y expansiva de Alemania fuera tan grande como es; ni siquiera en hipótesis





Columna de transportes austro-húngara, en los Cárpatos



Revista de reservistas turcos en una ciudad de Siria

Ayuntamiento de Madrid





Un biplano alemán tomando tierra en las dunas de Flandes, junto a una batería de piezas pesadas



Colección de proyectiles alemanes de diferentes calibres, reunida por el coronel de un regimiento de zuavos argelinos



admitió Inglaterra que Alemania pudiera apoderarse de Bélgica y entrar en Amberes antes de que llegaran socorros ingleses; jamás creyó que fueran necesarios ejércitos tan numerosos para contenerla, que no para vencerla; ni por las mientes se le pasó que ella, la industrial Albión, llegara a verse en el aprieto de no poder enviar municiones ni hombres en número bastante al frente de batalla; la sonrisa burlona apareciera en sus labios, si se le dijera que la moribunda Turquía iba a destruir varios de los hermosos barcos británicos y presentaría una resistencia de meses y meses a los ataques de los ejércitos franceses e ingleses. Y quien dude que Inglaterra se ha equivocado, vuelva la vista a Londres y contemple cómo cambian los ministros y generales, hecho desusado cuando las guerras y los preparativos de las mismas y los auxilios nacionales, se desenvuelven normalmente y a satisfacción del país propio.

Pues, si Inglaterra se ha equivocado, a pesar de su situación excepcional en el mundo ¿qué mucho que de igual pecado tenga que acusarse Italia?

## VII.—Giolitti

Libre de las responsabilidades del Gobierno, el eminente hombre de estado Giolitti se declaró contrario a la guerra y partidario de la neutralidad. Su voz no fué escuchada, y el sano patriotismo y la prudencia de su consejo no merecieron de sus compatriotas otra calificación que la de traidor. ¡A cuántas injusticias lleva la pasión!

Giolitti, que ha revelado en estas tristes circunstancias un gran temple de alma y una entereza excepcional, está tal vez reservado para resolver la situación grave y preñada de peligros que es probable substituya en breve a la actual.

Giolitti puede envanecerse de haber unido su nombre a una de las épocas más esplendorosas de la Italia contemporánea, porque es el que llevó a cabo la atortunada expedición a Libia y supo sortear los escollos que nacían de la amistad entre Turquía y Alemania. Hombre que ha estado muchos y dilatados años a la cabeza del Gobierno de su país, conoce como nadie las necesidades y los recursos de todo género de la península, y su opinión merecía por lo menos el respeto de los demás. No obstante, el último desarrapado y el bullanguero, que hoy aclama a uno y mañana le insulta, ha pesado más en la decisión de Italia que su primer hombre de Estado. La extraviada aplicación del derecho y la libertad, que sólo favorece al osado y al que nada tiene que perder, da lugar a estas monstruosas aberraciones. Cuando las ideas y los sentimientos han de manifestarse a voces y en forma destemplada, la razón no suele ser la que preside las determinaciones de los gobernantes, porque frente a los que se lanzan a la calle, que son los menos significados representantes de la nación, no se manifiestan los que discurren, los que poseen algo, los que tienen conciencia de sus actos y de sus inclinaciones. Víctima momentánea de las extraviadas pasiones populares, Giolitti será otra vez el salvador de Italia si los que vocean, alborotan y gritan hoy contra el extranjero, se revuelven mañana contra los que han tenido la debilidad de ceder a la presión de las turbas y a las altanerías de Inglaterra. Su voluntario ostracismo, le coloca

en buena posición para reanudar el día de mañana las relaciones con Austria y Alemania. La historia no otorga sólo el título de eminentes a los caudillos que engrandecen a la patria, sino también a los que la preservan de males sin cuento en los momentos críticos. Y Giolitti, que merece aquel dictado por el primer concepto—expedición a Libia—, es posible que también reciba el mismo galardón por el segundo.

## VIII.—La situación interior

¿Existe en Italia el acendrado patriotismo que palpita en Francia, Inglaterra, Austria y Alemania, y que sólo es fruto de una labor común de muchos siglos, gozando de la fortuna unas veces y soportando la adversidad, otras? Ninguna nación en su caso lo tendría, ni lo ha tenido. Posee el patriotismo de la satisfacción, el que mira hacia adelante, pero todavía es embrionario el otro, cabalmente el más necesario; gracias al desastre de Aduáh—que fué una suerte para Italia—comenzó a desarrollarse la unión en la adversidad. Pero han sido tantos y tan maravillosos los éxitos de los italianos en los últimos sesenta años, que el país se ha acostumbrado a las alegrías y está mal preparado para los desencuentros.

La guerra que ahora comienza será la piedra de toque de la cohesión italiana. Nadie sabe si se afirmará o se disgregará. El patriotismo, como la amistad, se descubre en los tiempos de prueba; en las épocas prósperas, es fácil unir las voluntades y acallar las desavenencias. Cómo responderá Italia al sacrificio que va a exigirse de ella, es una incógnita, sobre todo si la guerra no es una cadena de brillantes victorias.

No hay unanimidad de pensamientos ni de inclinaciones. Una gran masa de población está alejada de los negocios públicos y en profundo, aunque callado, desacuerdo con sus gobernantes. Lo que los franceses hicieron con la legión garibaldina en la Champaña, no ha desengañado a los ilusos, pero ha abierto los ojos a los desapasionados. Y una fuerte corriente de opinión está convencida de que Italia va a ser el juguete de Inglaterra. Desde agosto ac han transcurrido demasiados meses para que todo el pueblo se lance a la guerra con el corazón alegre; la reflexión se ha abierto paso.

Italia es pobre; y aunque el Estado no carecerá de dinero mientras forme al lado de Inglaterra y Francia, la ruina de la población será inevitable apenas falten los brazos a la agricultura e industria y se paralice el comercio. El hambre, con los disturbios que siempre lleva aparejada, no es una vana palabra en Italia.

En estas condiciones se entra en la guerra. Pavorosos problemas se le presentan al Gobierno; es una evidente aventura la que emprende; de ella puede salir la Italia definitiva, pero también el fin de Italia. Mas, si un día u otro la prueba era necesaria para consolidarse o crearse bajo otras base ¿porqué no someterse a ella de una vez, poniéndose al lado de casi toda Europa?



## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### El concepto

(El señor A).—¡Pobre don Subrio! ¡No me extraña verle tan mustio, después del acto de Italia!

—Pobre de mí, no; pobres austriacos y alemanes, porque tomaría V. a broma que dijese ¡pobres italianos!

(El señor B).—¿Qué opina V. de la intervención de Italia? ¿Sigue V. tan optimista?

—Nunca lo he sido, ni tampoco pesimista, en el sentido que da V. a la pregunta. Jamás he hecho otra cosa que poner de manifiesto los puntos flacos y elogiar las buenas cualidades, cuando se poseen en grado sobresaliente. Mis sentimientos, lo saben ustedes de antiguo, son netamente españoles.

(El señor A).—Pero ¿no tiene V. que decir nada sobre la nueva complicación?

—Tantas cosas, que no acabaría nunca. Pero la primera reflexión que se me ha ocurrido la voy a someter a Vds., si me prometen responderme des-  
apasionadamente.

(Los señores A y B).—¡Cuenta V. con ello!

—¿Creen Vds. que si Alemania, dueña de la mitad de Polonia y de la mitad de Lituania, y habiendo afirmado la superioridad de sus armas, volviera de pronto la espalda a los austriacos y les abandonara, se pondría acto seguido en el caso de concertar una paz ventajosa con Rusia?

(El señor A).—¿Y el respeto al tratado de alianza?

(El señor B).—Tal vez no bastara el sacrificio de Austria para contentar a los rusos.

—Dejemos en paz a los tratados, señor A, que en estos tiempos son papeles mojados; y si a V., señor B, le parece poco el sacrificio de Austria, dígame: ¿se satisfaría Rusia con que Alemania le facilitase la posesión del Bósforo, dando de lado a Turquía y ejerciendo presión sobre Bulgaria?

(El señor B).—¡Que duda cabe! Eso sería un premio gordo de la lotería sin haber comprado el billete!

—Luego, Alemania, sin perder un hombre y por el simple pecado de abstención, terminaría, si quisiera, la guerra con Rusia; ¿no es verdad?

(El señor A).—Insisto en que eso sería faltar a la lealtad y a la fe escrita.

—Estoy convencido, y de ahí que me valga de la palabra pecado. Ensarzada Austria-Hungría con Rusia e Italia ¿llevaría ésta su acción contra Alemania?

(Los señores A y B).—¡Ni soñarlo siquiera!

—Pues bien, en libertad Alemania para enviar todo su ejército al oeste, ¿de quién creen Vds. que sería la victoria?

(El señor A).—Verá V., don Subrio, la población

de Francia es mucho menor que la de Alemania, y por consiguiente el ejército de la primera es más débil, numéricamente hablando, que el de la segunda.

(El señor B).—Como Inglaterra no estaba preparada, sus tropas aun son escasas....

—¡Perfectamente! Estoy de acuerdo con Vds. Pero, insisto ¿de quién sería la victoria?

(El señor A).—En una hipótesis tan extrema, claro que de Alemania.

(El señor B).—Inglaterra no sería derrotada, pero Francia, sí.

—De donde se deduce que Alemania tiene a su alcance el rematar a su favor las guerras que sostiene.

(El señor A).—Pasando sobre sus compromisos y siendo perjura, sí.

—Cuando la necesidad aprieta, no hay juramentos ni compromisos que valgan.

(El señor A).—Don Subrio, tengo mal concepto formado de Alemania, pero no hasta este punto.

(El señor B).—No creo a Alemania capaz de semejante indignidad.

—De esta confesión a decir que Alemania defiende el derecho, la civilización y la libertad, no hay más que un paso; piénselo usted bien.

(Los señores A. y B).—¡Jamás! ¡Esos sacrosantos principios están al lado de Francia, Inglaterra y Rusia! Alemania es una reminiscencia de los tiempos bárbaros y del obscurantismo.

—En resumen ¿creen ustedes capaz a la inculta Alemania de abandonar a sus aliadas, Turquía y Austria-Hungría? Respondan en conciencia.

(Los señores A y B).—¡No!

—¿Qué concepto les merece la conducta de Italia?

(El señor A).—Los intereses nacionales...

—Aún son mayores los de Alemania, atacada en las dos fronteras, que los de Italia, a quien no atacaba nadie.

(El señor B).—No puede menos de alegrarse la causa de la justicia, de la actitud de Italia.

—Esa justicia supongo que no será la administrada por jueces y magistrados, porque en tal caso lo pasaría mal Italia.

(El señor B).—¡No! Es la justicia que emana de las conciencias del pueblo.

—No quería saber más. Vds., y como Vds. muchos, creen incapaz a Alemania de una acción que encuentra paliativos si se trata de Italia. ¡He aquí la diferencia del concepto que la una y la otra merecen en el fuero interno de cada cual! Después de esto, dejen Vds. en paz aquellos principios, que ya huelen mal de tanto manosearlos con las manos no muy limpias.

SUBRIO ESCÁPULA.

## CRÓNICA MILITAR

I. El ejército italiano.—II. La frontera austro-italiana.—III. Objetivos que pueden proponerse los italianos.—IV. Probable plan de los austro-alemanes.—V. Influencia de la intervención de Italia en las campañas en los demás frentes.—VI. Primeras operaciones militares.—VII. La situación el 27 de mayo

### 1.—El ejército italiano

En mi primera crónica expuse sintéticamente el concepto que debía formarse acerca del ejército ita-

liano, considerado en relación con los de las demás naciones beligerantes; pero, en aquella ocasión, se partió de la base de colocarse Italia al lado de las que eran sus aliadas, y no le correspondía al ejército



italiano más que una participación bastante modesta en la labor encomendada a los de Francia, Rusia, Alemania y Austria-Hungría: la de dividir a las fuerzas francesas, atrayendo a una parte de ellas hacia los Alpes. Hoy día las circunstancias son radicalmente diferentes: la intervención de Italia abre nuevas brechas en el amplísimo frente de los Imperios centrales, y aquel ejército pasa desde el primer momento a desempeñar un importante papel, que muchos creen decisivo. De aquí que convenga decir algo más de las fuerzas armadas de Italia.

La oficialidad italiana es una de las mejores de Europa, por su cultura, su instrucción y el buen espíritu que la anima; el oficial está acostumbrado al mando y el arte de la guerra no tiene secretos para él. Educado en la escuela alemana, el culto que en Italia se ha rendido a las instituciones militares alemanas y la admiración con que se las contempla, es posible que influya de un modo desventajoso en las primeras batallas; así como el oficial italiano mira con superioridad al austriaco y no se considera por debajo del francés, reconoce un prestigio y unas cualidades en el alemán insuperables y que todavía no han podido ser alcanzadas en Italia, porque son obra de muchos años de continuos y persistentes esfuerzos. El reconocimiento, aunque sea implícito, del valer del adversario, ha de dejarse sentir hasta que la prueba de la realidad haya deshecho el encanto o lo haya reforzado, de suerte que en la primera fase de la guerra se repetirá el caso del ejército francés, que marchó sin el convencimiento en la victoria hacia las fronteras alemanas.

Esto en el supuesto de que sean los alemanes los que atajen la marcha de los italianos, y no meramente las tropas austriacas.

En general, el soldado italiano es inferior al francés y al de los imperios germanos; por grande que sea el buen espíritu de la oficialidad y su empeño en instruir a los reclutas, al fin y al cabo la tropa participa de los defectos y de las cualidades del pueblo, hagan lo que hagan sus jefes. Muy dado al entusiasmo y al ataque, tiene poca cohesión y se desmoraliza con facilidad; pasa bruscamente de un estado de alma al opuesto; no es un elemento a prueba de contrariedades.

Fueron los piemonteses, el N. de Italia, y no toda la península, los que combatieron en dos guerras contra Austria, ambas con deplorable resultado militar para aquellos. Como ejército genuinamente italiano, éste no ha recibido aún el bautismo de fuego en los campos de Europa. Destrozado y deshecho en Abisinia, ha dejado mejor sentada su reputación en los campos de Libia y Tripolitania, pero, sin duda por falta de experiencia y práctica, aun en esta última campaña no ha podido rivalizar con el



Soldados franceses examinando desde el fondo de una trinchera, por medio de un periscopio improvisado, los movimientos del enemigo; las flechas indican la dirección de los rayos luminosos reflejados por los espejos

ejército francés, ni tampoco con el británico. Es un instrumento nuevo, del que no puede predecirse nada con completo fundamento. No obstante, la fuerza moral de un ejército es hija en gran parte de las tradiciones guerreras y de la historia militar, y desde ambos puntos de vista, el ejército italiano carece de la patina del tiempo y de la solidez que emana de las viejas glorias nacionales. No ha tenido ocasión de intervenir en ninguna campaña moderna, toda vez que las austriacas se siguieron con métodos harto anticuados, y tropieza con la desventaja de haber inaugurado su acción guerrera en los campos de Africa, que son una mala escuela y un medio

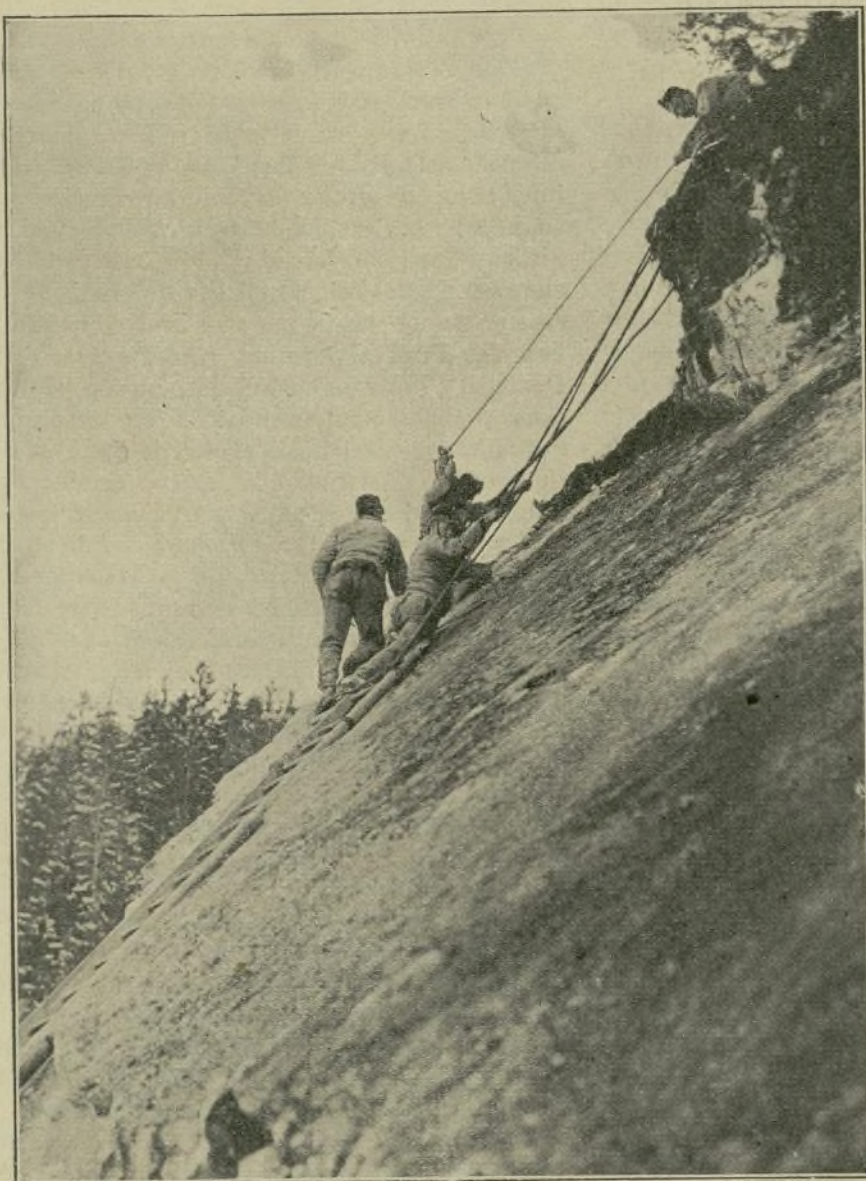


poco conveniente para hacer la guerra en Europa. Si el lector recuerda lo que dije hace diez meses del ejército británico, habrá visto que no me equivoqué.

No sin ansiedad e incertidumbre entrará el ejército italiano en campaña, dándose perfecta cuenta que es un arma cuyo temple él mismo desconoce. Y aunque de seguro el mando y la oficialidad habrán reaccionado contra estos sentimientos disolventes, no creo que hayan conseguido extinguirlos.

en las alturas que dominan a los valles. La gran altitud media de las montañas, los glaciares que en ellas se encuentran y las defensas artificiales, facilitan la resistencia y permiten hacer frente con pocas fuerzas a un enemigo superior en número, cuyas operaciones no pueden tener la unidad indispensable—por lo abrupto del terreno—para obtener éxitos rápidos y decisivos. Desde el punto de vista geográfico, la frontera favorece más a los austriacos que a los italianos; no obstante, para éstos ofrece mucho interés este sector, porque si consiguieran dominarlo envolverían todo el valle del Adige.

Por un capricho de la naturaleza, este valle del Adige es ancho, despejado, de pendiente suave; su cuenca es el llamado Trentino, capital, Trento. Pertenece geográficamente a Italia, y los austriacos lo han reforzado con numerosos fuertes acorazados, tanto en las alturas como junto al lago de Garda y, sobre todo, en Trento. Desde aquel lago, la frontera forma una línea muy irregular hacia el N. E., cortando las vertientes meridionales de los Alpes Cárnicos y alcanzando la divisoria hidrográfica en el puerto de Kreutzberg, para no separarse ya de ella hasta terminar en el Adriático, entre el Tagliamento y el Isonzo. El Adige es una puerta natural que conduce a la Lombardía y envuelve todo el Véneto, y, como su cuenca está toda ella en poder de Austria han de poner los italianos sumo cuidado en guardarla y defenderla, si no resuelven atacarla. Desde el lago de Garda al puerto de Kreutzberg, el terreno no es tan áspero como al



Soldados austriacos escalando una cumbre, para montar en ella una estación telefónica

## II.—La frontera austro-italiana

El territorio fronterizo austro-italiano está constituido esencialmente por dos núcleos montañosos: un espolón que desde el puerto o paso de Stelvio, junto a Suiza, desciende al S., formando la divisoria de aguas entre los ríos Oglio y Adige; y los Alpes Cárnicos, separados de la cadena principal o del alto Tirol por los valles del Puster y del Gail y dando lugar a las cuencas del Brenta, Piave, Tagliamento e Isonzo, cuyas aguas corren también de N. a S.

Entre el Oglio y el Adige, la frontera política sigue la divisoria de aguas, es decir, coincide con la geográfica; la salvan tres carreteras, por los puertos de Stelvio, Tonale y Giudicaria, y está defendida a uno y otro lado por varios fuertes barreras situados

O. del Adige, y los caminos son relativamente abundantes. A uno y otro lado de la frontera, italianos y austriacos han construido muchos fuertes, acorazados y bien armados.

Vuelve a ser abrupto el terreno, escaso en caminos y muy cortado, en el sector comprendido entre el puerto de Kreutzberg y Tarvis, siendo de notar que, salvo en Tarvis, bien defendido, los austriacos apenas habían erigido obras de fortificación y en cambio los italianos tienen fuertemente asegurado el alto valle del Tagliamento. Tarvis es el punto de mayor importancia, porque flanquea y evita el ataque de frente a la línea del Isonzo.

Desde Tarvis al S., los Alpes Julianos no presentan ya serios obstáculos a las marchas y operaciones. Esta era la región por donde los austriacos pensaban



entrar en Italia en caso de guerra, y habían descuidado su defensa; en los últimos meses se han emprendido numerosos trabajos de atrincheramiento en la línea del Isonzo.

Las vías férreas que van desde Tarvis a Trieste son bastante más numerosas en el territorio austriaco que en el Italiano; esta circunstancia es muy importante cuando los dos ejércitos movilizan a la vez, porque la concentración del que dispone de más comunicaciones se efectúa antes; pero como Italia ha tenido muchos meses por delante para ultimar sus preparativos, su inferioridad en ferrocarriles no la perjudicará en las primeras fases de la guerra; habría de internarse mucho en Austria para que se hiciera sensible aquella desventaja.

De esta ligera descripción se infiere que, en el concepto militar, la frontera política tiene un trazado ventajoso a Austria. El teatro de los primeros choques, aquel que se presta a la reunión y maniobras de grandes masas de tropas, es el compuesto por las cuencas del Tagliamento e Isonzo; y como los austriacos tienen en sus manos el excelente instrumento del Adige (que amenaza de flanco la línea de operaciones del enemigo) y los montes del Tirol les ponen en condiciones de prolongar la resistencia contra un enemigo más fuerte, los primeros contratiempos que padecieran los italianos llevarían al adversario a las fértiles y ricas llanuras del Véneto y Lombardía. Son tan manifiestas las ventajas que para Austria supone la posesión del Trentino, que en ellas ha de verse, antes que en razones étnicas, el fundamento del ardiente deseo que siente Italia por la anexión de aquella provincia; el irredentismo no es más que la concreción popular y sentimental de una política encaminada a dar eficacia a la seguridad de la nación.

Al otro lado del Adriático y en su parte septentrional, se encuentra la Dalmacia, en parte latina, que, por su estrecha conexión con Bosnia, es una de las zonas más vulnerables de Austria. Su litoral está protegido por una multitud de islas e islotes, que si bien facilitan los desembarcos, por la imposibilidad de vigilarlos y guardarlos todos, en compensación se prestan admirablemente a las sorpresas navales y a los ataques y emboscadas de las pequeñas unidades, torpederos, destroyers y submarinos escondidos y refugiados en las infinitas radas y escotaduras de los archipiélagos. Sin el completo dominio del mar, es más difícil de lo que quizás parezca un desembarco en grande escala y la seguridad absoluta de las comunicaciones y abastecimientos subsiguientes.

Finalmente, las costas de Albania, fuera ya de la acción de la escuadra austriaca, y con mayor motivo las del Asia Menor, están abiertas a los ataques italianos.

En cuanto a los peligros que provengan de la acción del enemigo, aparte de la frontera terrestre es probable que cada una de las dos escuadras lleve su acción al litoral enemigo, valiéndose de las unidades más rápidas.

En resumen, por tierra la posición de Italia es más débil que la de Austria; dueña del mar, está a su arbitrio llevar la guerra a donde mejor le parezca, aunque la invasión de Dalmacia entraña graves peligros.

### III.—Objetivos que pueden proponerse los italianos

Si Italia tuviese la seguridad de que los austro-alemanes no habían de invadir su territorio, cabría afirmar sin temor de que los hechos lo desmintieran, que dejaría un ejército de observación en las provincias del N. y llevaría la masa de sus fuerzas a Albania y Asia Menor, para hacer buena presa y contribuir a la par a quebrantar a los turcos, que es uno de los objetivos más deseados por los ingleses.

Pero es difícil que los alemanes y austriacos renuncien a las inmensas ventajas geográficas que tienen a su favor; sólo en el caso de estar agotadas sus fuerzas militares, se resignarían a mantener una campaña defensiva en los Alpes. Por consiguiente, Italia tiene que afrontar la lucha en la región montañosa y en la Carniola; ha transcurrido tanto tiempo desde que se vislumbró el rompimiento de las relaciones entre los antiguos aliados, que Italia no debe esperar que un ataque por sorpresa le abra las cumbres del Tirol ni le entregue las llaves de Trieste. Desde el primer momento la campaña ha de iniciarse premiosamente, metódicamente, paso a paso, lo cual es perjudicial para el ejército que goza de la superioridad material, que razonablemente ha de atribuirse a Italia. Esta, antes de que el enemigo utilice las ventajas de la frontera, ha de tomar la ofensiva, porque una victoria de los austro-alemanes podría fijar definitivamente el resultado de la guerra, si se atiende a las pésimas condiciones en que habría de efectuar su retirada el ejército italiano, teniendo que atravesar un río tras otro y descendiendo desde la montaña al llano. Es verdad que la línea del Po es un buen obstáculo y una excelente posición defensiva, pero si fuera menester replegarse a ella habrían de abandonarse tantas ciudades importantes y territorios tan ricos, que la guerra podría darse por terminada.

Antes de pensar en la ofensiva, los italianos han de organizar una buena línea desde Brescia, por Verona y Padua, a Venecia, cubriendo perfectamente el Adige y con el flanco izquierdo muy asegurado, y maniobrar en el Véneto, si una rápida marcha hacia Trento y el alto Adige, para adueñarse del Tirol, no da resultado, como es de suponer.

En estas condiciones, fuera imprudencia harto notoria distraer algunos centenares de miles de hombres para enviarlos a la Dalmacia. Los italianos han podido escarmentar en lo que sucede a los aliados en los Dardanelos, y no creo que incurran en el error de dividir sus fuerzas, y ser débiles en todos los puntos y fuertes en ninguno. Acaso algunos batallones traten de llegar a Dalmacia y avanzar sobre Bosnia, de concierto con una ofensiva servia en dirección opuesta, pero militarmente esta empresa no es aconsejable ni conveniente. La ocupación del litoral de Albania, que sólo requiere algunos millares de hombres, si hay acuerdo con Grecia, entra en lo probable, así como también el envío de un cuerpo expedicionario al Asia Menor, más por imposición de Inglaterra y con objeto de tener base sobre la que negociar el día de la paz, que por dictarlo los principios militares. En Libia, las tropas se concentrarán en tres o cuatro puntos de la costa, y



abandonarán la región del interior, que dista mucho de estar sometida.

En lo que atañe a la escuadra, su verdadero objetivo, apoyada por la francesa, sería la destrucción de la austriaca; es difícil, empero, que ésta salga a alta mar, y tampoco parece hacedero entrar en los fondeaderos que actualmente ocupa y obligarla a combatir. El simple bloqueo tropezará con obstáculos no despreciables, y es de creer que las operaciones navales serán tan lentas y poco decisivas como las cumplidas hasta ahora. La misión que recae sobre el ejército italiano de mar y tierra no es, en resumen, llana y sencilla. Pero sus grandes dificultades quedan compensadas por el estado de agotamiento militar en que forzosamente se han de encontrar Alemania y Austria para emprender una nueva campaña en otro teatro, contra un ejército intacto y henchido de entusiasmo. Si Italia sabe que sus enemigos están seriamente quebrantados, tomará la ofensiva por contrarias que le sean las condiciones geográficas; de otro modo, esperará la acometida en el Véneto, lanzando sus batallones alpinos a la región de las montañas, para inquietar, perturbar y molestar al adversario y esforzarse en ganar la divisoria. De suerte que este factor circunstancial del estado en que se encuentren las potencias centrales, será el que dictará en definitiva el plan de campaña.

No se lanza Italia a la guerra para permanecer a la defensiva en su país y renunciar a las ventajas nacionales del entusiasmo belicoso del pueblo y de la superioridad de sus fuerzas militares. La ofensiva la tomará, probablemente, en el frente Tarvis-Adriático; atacará los pasos montañosos, para distraer al enemigo, y pondrá gran empeño en apoderarse del Trentino, avanzando con precaución por el valle del Adige y acometiéndolo por los dos lados.

#### IV.—Probable plan de los austro-alemanes

La posesión de los Alpes facilita a los austro-alemanes la campaña defensiva, pero dificulta su ofensiva, toda vez que los movimientos de grandes masas de tropas requieren abundantes y fáciles caminos que dirijan en el mismo sentido hacia el mismo sector, y estén relacionados por comunicaciones transversales. El enlace entre el Tirol y el interior de Austria es deficiente, en razón a la naturaleza montañosa del terreno; se ha podido suplir esta deficiencia mediante la reunión de fuerzas en los puntos estratégicos, toda vez que se ha dispuesto de tiempo para ello.

De consiguiente, el valle del Adige parece estar llamado a ser teatro de combates de importancia, por su situación central y flanquear todo el Véneto. El Trentino y el Véneto son los teatros naturales de la guerra si los austro-alemanes toman la ofensiva, y en este concepto, el Piave, el Tagliamento y el Isonzo, verán ensangrentadas sus aguas.

Apoyando algunas fuerzas alpinas en los montes del Adda y Adige, para tener el flanco asegurado, el grueso del ejército avanzaría con preferencia de N. a S., tratando de adueñarse de la línea del Adige, desde Verona al mar, y conseguido este objeto se daría por terminada la campaña aunque el ejército italiano estuviera relativamente intacto. Es probable que Italia no soportara con tanta resignación y paciencia co-

mo Francia la ocupación de varias provincias por el enemigo.

Tengo por sabido que los alemanes tomarán la ofensiva y no aguardarán la invasión, si todavía pueden echar mano de un millón de hombres. Y aunque no pasen del Adige, me parece fuera de duda que se valdrán de todos los medios para obligar a los italianos a aceptar batalla que decida de la guerra. Obrarían sabiamente los italianos rehuyéndola; pero ¿se lanzarán a la guerra para conformarse con ser invadidos y resignarse a que el enemigo se afiance en territorio italiano? Tal cosa equivaldría a dar por perdida de antemano la campaña, moral y materialmente, por lo que no la creo admisible.

Si, por el contrario, los austro-húngaros no se encuentran en estado de enviar un ejército a la frontera de Italia, prolongarán cuanto puedan la guerra de montaña en los Alpes y se irán replegando lentamente desde Isonzo al interior de la Carniola, defendiendo el terreno palmo a palmo y dando tiempo a que se decida la campaña en Rusia.

Aun exponiéndola a los peligros de una incursión enemiga, la Dalmacia no se guarnecerá fuertemente, ni la escuadra emprenderá operaciones arriesgadas.

Esto desde el punto de vista de la campaña contra Italia; pero como no se la puede separar de las que se desenvuelven en Francia y Rusia, puesto que entre las tres hay íntima conexión y dependencia, sintetizaré mi juicio en pocas palabras. Convencidos los alemanes de la impresionabilidad del pueblo italiano y de la pobreza de este país, y no hallándose en condiciones de llevar a un tiempo tres campañas con energía y vigor, adoptarán alternativamente uno de estos dos partidos: mantenerse a la expectativa en las fronteras italianas, y activar las operaciones en Rusia, en el caso de no contar con las reservas de fuerzas necesarias para arrojarlas contra los italianos sin que se resientan las otras dos campañas; o, en la hipótesis de que aún puedan desprenderse de un millón o poco menos de hombres, tomarán como objetivo al ejército italiano, anteponiéndolo al anglo-francés, tendiendo a concertar rápidamente una paz aislada con Italia. Si se tienen en cuenta los daños económicos que el cierre de las fronteras italianas reportará a los dos Imperios germanos, la última hipótesis es mucho más probable que la otra.

Como maniobra auxiliar, se acentuará la agitación otomana en Libia, cuyos habitantes se muestran belicosos y esperanzados de sacudir el yugo italiano, de dos meses a esta parte. La presión musulmana se dejará sentir también sobre Albania.

#### V.—Influencia de la intervención de Italia en las campañas en los demás frentes

Tomen la ofensiva los austro-alemanes en el Trentino y el Isonzo o permanezcan a la defensiva, no es de creer que modifiquen substancialmente el plan que están desarrollando en Francia y contra Rusia. Evacuar espontáneamente el territorio del N. de Francia y una porción de Bélgica reavivaría el espíritu de los aliados y deprimiría a la opinión alemana; además, economizaría mucha sangre a los franco-ingleses y sería reconocer la derrota antes de hacerla padecido. Tal vez tengan los alemanes que



sacar tropas de aquel teatro, pero aun así, irán preparando nuevas posiciones a retaguardia, mejor dicho, completarán las que de tiempo han preparado ya, y se replegarán lo más lentamente que puedan, quebrantando al enemigo en una sucesión de líneas cuya conquista no se comprará a bajo precio. En el caso más extremo, el de la ruptura del frente por los aliados, la evacuación no sería total, sino parcial. De consiguiente, la entrada en línea de Italia tendrá como consecuencias máximas el activar la acción de los aliados y reducir a la estricta defensiva a los invasores, pero la guerra, bien que no indecisa como hasta aquí, se desenvolverá premiosamente.

La suspensión de las operaciones contra Rusia, por el envío a la frontera italiana de tropas empeñadas en Galicia, Polonia y Lithuania, o simplemente su debilitación, esterilizaría los felices resultados obtenidos hasta la fecha e infundiría en el ejército ruso un aliento que casi ha perdido. Los austro-alemanes, han de procurar acabar la campaña contra Rusia, siguiendo la lucha hasta inutilizar al enemigo o hasta ocupar, por lo menos, la línea del medio Vístula y asegurar la Bukovina, para oponer un valladar natural a todo ataque de Rusia; si lograsen este objetivo y rompieran la línea defensiva del Niemen, podrían pensar en interrumpir su actividad en este teatro, para concentrarla en Italia.

Lejos de dejar una empresa a medio concluir para comenzar otra, el buen sentido y el arte militar, de consuno, recomiendan á los alemanes imprimir todo el impulso posible en el frente oriental. Por grandes que fueran las pérdidas que les impulsiera el acabar con la resistencia de Rusia, el fruto superaría a los sacrificios, porque entonces y sólo entonces podrían mirar con tranquilidad el porvenir.

En resumen, la campaña contra Rusia no se sentirá por la intervención italiana; y según cual sea el estado del ejército moscovita y la fuerza de las reservas austro-alemanas que se encuentran en el interior de los imperios, se iniciará un vigoroso empuje en el Véneto y la Lombardía o se adoptará la defensiva; la guerra en Francia no dejará de ser lenta, fundándola en la resistencia en trincheras y posiciones fortificadas.

Turquía notará más la presencia de un nuevo enemigo; nada tendría de extraño que en el Asia menor se dejaran débiles destacamentos y la defensa se centralizara en los Dardanelos y las costas de Tracia.

#### VI.—Primeras operaciones militares

La primera operación de guerra ha sido la emprendida por algunas unidades navales ligeras, de Austria, contra Venecia, Portocorsini, Barletta y Ancona, puntos que cañonearon, apoyadas en la región del N. por varios aeroplanos que dejaron caer bombas sobre los fuertes y el arsenal de Venecia. Cerca de Barletta, el destroyer italiano *Turbine* (330 toneladas) fué puesto fuera de combate y apresada su tripulación, a pesar de intentar protegerle algunos otros barcos.

Un destroyer italiano realizó una rápida exploración junto al litoral de Istria.

El ejército italiano se ha puesto en marcha hacia

los diversos sectores de la frontera, lo mismo en la del Trentino, que en la de Carinthia y en la del Friul; en esta última ha entrado en territorio enemigo, acercándose al Isonzo. Como todos estos movimientos no son más que exploraciones encomendadas a cortas fuerzas, para tantear al enemigo y despejar la situación, menudearán las escaramuzas y tiroteos, a los que se dará una importancia de que carecen. Pero si los italianos se deciden a enviar gruesas masas al Trentino, las luchas violentas no se harán esperar; no parece probable un avance por el valle del Adige, en tanto alguno de los beligerantes no haya dominado una buena parte de la divisoria, por el E. o por el O.; los pasos del Tonale y Giudicaria parecen llamados a figurar con preferencia en los primeros partes.

#### VII.—La situación militar el 27 de mayo

La falta de espacio no me permite ocuparme en las operaciones que han tenido lugar en los frentes oriental y occidental. Están en pleno desarrollo, y para mayor claridad de su exposición aún conviene que pasen algunos días, con lo que se las podrá apreciar en conjunto.

Demostrada la insuficiencia de las tropas aliadas llevadas a los Dardanelos, se ha impreso gran actividad al envío de refuerzos, llegándose a reunir allí un ejército que los periódicos ingleses estiman, probablemente con exageración, en 200.000 hombres. Los combates no se han interrumpido un solo día, con el mismo resultado indeciso de las primeras semanas; en los últimos días, las fuerzas australianas y nuevo-zelandesas han sido las más castigadas. Ni éstas han conseguido internarse, ni las franco-inglesas apoderarse de Krithia.

Algunos destacamentos franceses desembarcaron en varios puntos de las costas de Siria, pero las tropas turcas de observación les obligaron a refugiarse en los barcos. Los cruceros franceses han bombardeado el litoral de aquella provincia.

Otro destacamento ruso desembarcó en Eregli. Es probable que haya reembarcado, porque nada más se ha sabido de él.

En aguas del Bósforo, un submarino turco ha hundido al acorazado ruso de la flota del mar Negro *Panteleimon*, que fué construído en 1900, tenía 12.480 toneladas y estaba armado con cuatro cañones de 30.5 centímetros, 16 de 15, 14 de 7.5 y cinco tubos de lanzar. Era una de las mejores unidades de aquella escuadra.

Otro submarino alemán ha echado a pique en los Dardanelos al acorazado inglés *Triumph*, construído en 1903; desplazaba 11.800 toneladas y estaba armado con cuatro cañones de 25, 4 centímetros, catorce de 19, 14 de 7, 6 y cuatro de 5. 7. Este acorazado, con otro de su tipo, fué construído para Chile y llevó originariamente el nombre de *Constitución*. Al estallar la guerra ruso-japonesa, lo adquirió el gobierno británico para evitar que lo comprara Rusia y reforzara su escuadra; Inglaterra prestó entonces un positivo servicio a su aliado el Japón.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

27 de mayo 1915.